



Pregón de la Semana Santa

Teruel, 25 de marzo de 2023

PREGONERO DE LA SEMANA SANTA 2023



SR. OBISPO D. JOSÉ ANTONIO SATUÉ HUERTO

Introducción

¡Buenas tardes! Es un honor compartir con ustedes este acto tan entrañable y significativo: el pregón de la Semana Santa de Teruel, organizado por la Junta de Hermandades y Cofradías de la ciudad.

Saludamos de modo especial a los hermanos y hermanas de la Cofradía de la Entrada de Jesús en Jerusalén, la Hermandad de la Oración de Jesús en el Huerto, la Hermandad de Jesús Atado a la Columna y Nuestra Señora de la Esperanza, la Hermandad de Nuestra Señora de la Villa Vieja y la Sangre de Cristo, la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno y María Santísima del Rosario, la Hermandad del Sagrado Descendi-

miento de Jesús y María Santísima de las Angustias, la Hermandad de Caballeros del Santo Sepulcro y Cristo del Amor y la Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad. Gracias a todos por acoger y enriquecer las bellas tradiciones que habéis heredado de vuestros antepasados y que estáis transmitiendo a las jóvenes generaciones.

Hemos venido a pregonar una Buena Noticia, la mejor noticia, el acontecimiento más grande que se ha dado en la historia de la humanidad. La Buena Noticia se llama Jesús de Nazaret. Nació en nuestra carne en Belén de Judá, vivió casi toda su vida como un humilde trabajador en un pueblo de mala fama, Nazaret, y dedicó sus últimos años a predicar que Dios es Amor, con la palabra y sobre todo con la vida.

DOMINGO DE RAMOS

Estamos a una semana del Domingo de Ramos, de la procesión de "la burrica" desde La Salle a San José. Ya casi se huele a palmas y a laurel, a ramas de olivo recién cortadas en el Bajo Aragón. Con ellas aclamaremos a Jesús diciendo: «*iHosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!*» (Mt 21,9). Y nos volveremos niños hebreos, para acompañar a Jesús hasta Jerusalén, como canta la liturgia del Domingo de Ramos:

Como Jerusalén con su traje festivo,
vestida de palmeras, coronada de olivos,
viene la cristiandad en son de romería
a inaugurar tu Pascua con himnos de alegría.

¿Quién es este Jesús que llega montado sobre un asno?
¿Quién es Jesús? No sólo es un maestro famoso o un *influencer*

de la época. Es Dios con nosotros. Dios, que nos ha salido al paso en el camino de la vida y ha enjugado nuestras lágrimas, el Dios cercano que ha acogido a pecadores y prostitutas, ha visitado a los enfermos, ha tocado y curado a los leprosos, ha comido con los recaudadores, proscritos por todos, ha tratado con dignidad a las mujeres, tan despreciadas, y nos ha asegurado que Dios nos ama como un padre bueno o una madre generosa ama a su criatura.

Las gentes del pueblo dijeron que todo lo hizo bien, que nadie les había hablado como él. Todavía hoy, pensadores que se declaran ateos lo consideran «la figura más bella de la historia del mundo», «una fuente de inspiración constante y maravillosa» (Jacob Burckhardt y Timoty Garton Ash).

Con aplausos y vivas terminó su entrada en Jerusalén. La gente estaba emocionada, pero la tensión se palpaba y el cerco se estrechaba en torno a Jesús. No hacía falta ser Dios para darse cuenta de que el Maestro se había convertido en una pieza a batir.

¿Cómo pudo resultar tan molesto un hombre que no predicaba otra cosa que el amor de Dios e invitaba al amor entre las personas, que cuidaba a las más indefensas y curaba sus dolores del cuerpo y del alma, que condenaba la agitación y la violencia? Quizá nos extrañe un desenlace tan cruel; pero, si lo pensamos un poco, no encontraremos un final más coherente con su modo de vivir.

¿Acaso las personas libres, como Jesús, que “no se casan” ni con los de arriba ni con los de abajo, pueden esperar muchos reconocimientos? ¿Acaso quien mete el dedo en la llaga recibe aplausos? Desgraciadamente, tanto ayer como hoy, criticamos más a quienes se comprometen y bajan al barro de la vida que

a los que miran desde la comodidad de su sillón o la curiosidad de su balcón.

Volvamos al caso de Jesús. Teniendo en cuenta el juego de fuerzas de los diferentes grupos sociales y las corrientes políticas de su tiempo, podemos llegar a la conclusión de que se trató de eliminar a un líder popular incómodo, sobre todo para los dirigentes religiosos de aquella sociedad.

¿Cómo podía acabar bien Jesús, si se atrevió a criticar las tropelías de los más poderosos? *«En la cátedra de Moisés –denunciaba– se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid todo lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos dicen, pero no hacen. Lian fardos pesados y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar»* (Mt 23, 2-4).

¿Cómo no iba a tener problemas alguien que ponía el bien de las personas por encima de todo, incluso de las tradiciones más sagradas del pueblo? De hecho, cuando Jesús es reprendido por curar a una mujer en sábado, el día prohibido para trabajar, responde: *«Hipócritas: cualquiera de vosotros, ¿no desata en sábado su buey o su burro del pesebre, y los lleva a abrevar? Y a esta, que es hija de Abrahán, y que Satanás ha tenido atada dieciocho años, ¿no era necesario soltarla de tal ligadura en día de sábado?»* (Lc 13, 15-16).

¿Cómo iba a acabar bien un líder que animaba, curaba y daba de comer a multitudes, pero a la vez las cuestionaba, no les decía lo que querían escuchar, como hacen los populistas; les pedía que compartieran, que fueran buenos samaritanos de sus prójimos, que cambiaran su modo de pensar y de vivir. *«El que quiera salvar su vida la perderá –les advertía– pero el que pierda su vida por mi causa la salvará. ¿De qué le sirve a uno*

ganar el mundo entero si se pierde o se arruina a sí mismo?»
(Lc 9, 24-25).

¿Cómo podía acabar bien alguien dispuesto a hacer de la humanidad una gran hermandad universal, abierta a todas las personas, una gran cofradía, en la que todos tenemos la misma dignidad? Decía Jesús: *«No os dejéis llamar maestro (es decir: no os pongáis por encima de nadie), porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra (es decir: no os pongáis por debajo de nadie), porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo»* (Mt 23, 8-10). Somos hermanas y hermanos. *Fratelli tutti*, nos repite el papa Francisco. Y decir esto es mucho más subversivo y peligroso de lo que parece.

Muchos, especialmente los más poderosos y los que se creían perfectos, se opusieron a este proyecto de fraternidad universal: ¿todos hermanos?, ¿también de los recaudadores y las prostitutas?, ¿también de los leprosos y los pobres?, ¿también de las personas encarceladas y extranjeras? Era demasiado para sus estrechas "tragaderas" y pensaron que era preferible eliminarlo. Jesús era demasiado bueno y, por ello, demasiado molesto, como lo habían sido los profetas del Antiguo Testamento. Jesús era "el Profeta".

Estamos todavía en el Domingo de Ramos. Aún le quedaban cosas por hacer y decir; tenía que aprovechar el tiempo. Tenía que despedirse de su madre, de sus apóstoles, sin olvidar a Judas, que ya andaba negociando cuántas monedas le darían si lo entregaba. Quería despedirse también de las mujeres valientes que lo habían acompañado y de sus amigos de Betania: María, Marta y Lázaro. Todo lo fue haciendo con una tensión contenida y los días pasaron aprisa, hasta que llegó el Jueves Santo.

JUEVES SANTO

En aquella tarde predominaron los gestos, con unas pocas palabras; pocas, pero muy hondas. El apóstol y evangelista Juan no perdió detalle y nos lo cuenta:

«Jesús se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido» (Jn 13, 4-5).

Los discípulos lo miraban y no daban crédito a lo que veían. Lavar los pies era un trabajo de esclavos. No es extraño que Pedro no quiera dejarse lavar los pies por Jesús. Se podía cortar el silencio mientras todos recordaban lo que Él había dicho tantas veces: *«el que entre vosotros sea el primero, se haga el servidor de todos y el esclavo de todos»*. Jesús cumplía lo que había enseñado. No había venido a ser servido, sino a servir (cf. Mc 10, 44-45).

Nosotros tampoco estamos aquí para ser servidos. Tenemos muchos pies cercanos que refrescar y aliviar: los de nuestros mayores, desgastados por los años de trabajo y llagados por los fríos y calores soportados, y sus vidas ahora cargadas de achaques y limitaciones; la zozobra de muchos emigrantes y refugiados que huyen del hambre y de la guerra; los pies de los enfermos y de los que no protestan de nada, tan sufridos; la angustia de muchas mujeres maltratadas y el dolor de tantos padres y madres ante las dificultades de sus hijos para orientar sus vidas, encontrar un trabajo, construir una familia y un porvenir. Tenemos también a mano, para ofrecerles frescor y esperanza, el amor de las familias, la ilusión de los jóvenes, la vida que los niños estrenan cada día.

No tengamos miedo ante esta tarea. Jesús no sólo nos marca el camino; también nos acompaña y da fuerza para lavar los pies de nuestros hermanos y hermanas. Además, él nunca se deja ganar en generosidad.

Después, Jesús toma un pan, lo parte y lo da a sus discípulos diciéndoles: *«Tomad y comed todos de él. Porque esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros»*. A continuación, coge una copa con vino, se la da también y les dice: *«Tomad y bebed todos de él. Este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros y por todos los hombres, para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía»* (cf. Mt 26, 26-29; Mc 14, 22-25; Lc 22, 15-20; 1Cor 11, 23ss).

Los discípulos –otra vez– lo miran atónitos. No podían comprender entonces que Jesús se presentara como su pan y como su vino. Poco a poco intuirán la locura de amor de este Dios que se encierra en un pedacito de pan, para alimentarnos con su amor gratuito, incondicional, hasta el extremo.

*Señor, cuánto agradezco que me digas
lo que me dices sin decir, callado,
derramando tu Amor sacramentado
como el sol se derrama en las espigas.*

*Qué júbilo, Señor, que me bendigas
como la lluvia que bendice al prado
y que de rosas hayas enjambrado
mi corazón de cardos y de ortigas.*

*Señor, cuánto agradezco que me ames
como si fuera yo el único amado
y Tú el único Amor que hay en mi vida.*

*Que en vino generoso te derrames,
que te me des en pan recién cortado,
que me ames tan sin peso y sin medida.*

(José María Fernández Nieto)

Luego hubo silencio. Jesús no miraba a los suyos y ellos casi no se atrevían a mirarle, ni a mirarse los unos a los otros. Les invade un presentimiento y tienen miedo, pero son felices, porque se sienten muy unidos a Jesús. Saben que le han conocido y que, al conocerle, han conocido a Dios. Levantan ahora sus ojos y, en la sala mal iluminada por lámparas que ya se extinguen, contemplan los ojos de Jesús. Y en esos ojos sólo ven amor. Así recrea Martín Descalzo el momento postrero de la Última Cena.

En el cenáculo, nos unimos al asombro de los discípulos. Con ellos, descubrimos en Jesús a un Dios bien distinto a los dioses justicieros y malhumorados que inventamos, a un Dios empeñado en ser nuestro servidor y nuestro alimento. ¡Cuánto amor! Un Dios que nos mueve, desde lo más profundo, a amar juntos; como los granos que han hecho un mismo pan, como las uvas que se mezclan y se pisan para producir buen vino. Caminar juntos, servir juntos, amar juntos, decidir juntos, celebrar juntos. Juntos, siempre juntos, aunque seamos tan diversos. Eso es sinodalidad.

Serían las once de la noche cuando Jesús con los suyos abandonó el cenáculo. Y, al cabo de media hora de camino, llegaron a Getsemaní, al Huerto de los Olivos. En Teruel contemplamos a Jesús en el Huerto, en la procesión que discurre desde San León a San Martín. En Getsemaní Jesús vivirá la hora más dramática de su vida. Jesús buscó la compañía de sus amigos más cercanos: Pedro, Santiago y Juan. Luego, «*se arrancó de ellos*» (Mc 14,39), como se arranca la rama de un árbol, con esfuerzo y dolor, y se puso a rezar.

Los evangelistas señalan que entonces le invadió la tristeza y sintió un gran abatimiento, que fue creciendo progresivamente. Buscó consuelo en sus amigos: «*Triste está mi alma hasta la muerte*» (Mt 26, 38; Mc 14, 34). Empezó a sudar como grumos de sangre, que caían hasta el suelo (cf. Lc 22, 44), pero sus amigos se habían dormido. ¡Qué soledad la de Cristo! Sus amigos duermen, mientras Judas, sólo Judas, está en vela.

Jesús reza con fuerza: «*Padre mío, si no es posible que pase este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad*» (Mt 26, 42). Martín Descalzo comenta: «*sus labios temblaban, pero no los apartaría de este cáliz*». Jesús habría podido escapar por el desierto y evitar tantos sufrimientos, pero se mantuvo fiel a Dios Padre, que lo había enviado a la humanidad, para mostrarnos su amor, un amor total, que no se echa atrás cuando llegan las dificultades, el sufrimiento y hasta la misma muerte; el único amor que puede salvarnos de la soledad, el miedo y la desesperanza, que tantas veces nos acechan y zarandean. Contemplando al Cristo del Amor descubrimos que la lógica de la Semana Santa no es la del sufrimiento por el sufrimiento, sino la del amor que se entrega, más allá del dolor.

Esta lucha suprema de Jesús ilumina nuestras luchas diarias, cuando discernimos qué camino tomar: ¿la honradez o la corrupción?, ¿la verdad o la mentira?, ¿el bien común o los intereses personales?, ¿la solidaridad o la indiferencia?, ¿el amor o la propaganda?, ¿la fidelidad o el capricho?, ¿el Reino de Dios o mi reino?

VIERNES SANTO

Era de noche cuando Judas lo vendió con un beso. Los discípulos huyeron. Poco después, Pedro negó por tres veces que

lo conocía. Las autoridades religiosas, Anás y Caifás, lo despreciaron, mientras buscaban una acusación sólida para llevarlo ante el gobernador romano, le hicieron pasar varias horas en un pozo que servía de cárcel. Y el preso... era Dios. Dios también vive en las cárceles, en nuestro centro penitenciario de Teruel, al que llegaremos en procesión en las primeras horas del Viernes Santo. ¡Cuántas personas sin libertad, por cadenas de tantos tipos, dentro y fuera de la cárcel! ¡Cuántos deseos de libertad!

Al amanecer, llevaron a Jesús ante Poncio Pilato. Pronto se dio cuenta de que no había causa, que lo habían entregado por envidia y malquerencia. Quiso librarlo, pero fue cobarde. Los buenos cuando son cobardes acaban siendo injustos. Para congraciarse con sus acusadores, mandó atarlo a la columna y lo sometió al cruel castigo de los azotes y lo mostró a la gente hecho una piltrafa: «*Ecce homo*» (Jn 19,5), he aquí al hombre. Seguramente Jesús miró al cielo, como podemos contemplar en la hermosa imagen de nuestra Semana Santa turolense. Jesús no parecía el mismo. Y aquel guiñapo, aquel gusano herido... más allá de su despreciable apariencia, era Dios, era la imagen acabada de un ser humano coherente, cabal, verdadero.

«Ecce homo». «En Él se manifiesta –dice Benedicto XVI– la miseria de todos los golpeados y abatidos. En su miseria se refleja la inhumanidad del poder humano, que aplasta de esta manera al impotente. En Él se refleja lo que llamamos "pecado"».

La gente gritó: «*¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!*» La gente, ¡tan buena y, a la vez, tan manipulable! Todavía Pilato intentó una componenda: «*¿Queréis que os suelte a Jesús o a Barrabás?*». «*¡A éste, no; a éste, no! ¡A Barrabás!*» Finalmente, lo entregó para que lo crucificaran (cf. Mc 15, 1-15). Pilato no quiso poner en pe-

ligro su "status" y decidió condenarlo a morir en la cruz, como pedían sus enemigos. Y el condenado a morir en cruz... era Dios.

Cuando nos falla la amistad, el amor, la justicia, la paz, el trabajo, la salud... nos llega la cruz. Cuando fallamos a la amistad, al amor, a la justicia, a la verdad..., condenamos a otras personas a la cruz de la soledad, de la pobreza, de la guerra... El Viernes Santo continúa hoy.

Jesús tomó el madero y aguantó hasta el Calvario, porque uno de Cirene le ayudó a llevar la cruz, porque la Verónica le limpió el sudor, la sangre del rostro y los salivazos que había recibido; porque la humanidad de las mujeres, que no se burlan y se compadecen, le consoló; Jesús llegó hasta el Calvario, porque su Madre, la Virgen María, María Magdalena y el discípulo Juan le acompañaron. Llegó porque, aun en medio de la cruz, Dios no abandona al que sufre.

Y nosotros llegamos hasta el final por tanta gente buena que Dios siembra a nuestro lado, por tanto amor limpio que nos levanta cuando caemos, por tantos hombros que se arriman y comparten nuestras penas. ¡Que al contemplar el encuentro entre el Nazareno y la Virgen de la Soledad, camino del cementerio, redescubramos la belleza de acompañar a quienes sufren, y agradezcamos la cercanía de los que se quedaron a nuestro lado cuando otros desaparecieron!

También nuestra sociedad sigue adelante, aunque sea "a trancas y barrancas", gracias al amor de muchas personas generosas, de todos los credos e ideologías, que comparten tiempo, bienes y cariño; gracias al trabajo de Cáritas y Manos Unidas, de tantas cofradías, que fieles a sus orígenes, han comprendido que no podemos ser verdaderos cristianos si sólo nos preocupamos de dar esplendor a nuestro paso y a nuestra pro-

cesión, si no vemos y servimos a Jesús en cada persona que nos pueda necesitar.

A eso de la media tarde, Jesús dando un grito dijo: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46). E inclinando la cabeza expiró.

Nos quedamos cortos al valorar lo que ocurrió en ese momento. Dios, en su infinita locura de amor, nos atrajo hacia Él.

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

SÁBADO SANTO

Después del descendimiento y la sepultura, llegó el Sábado Santo. Un día para acercarnos al dolor y a la esperanza de María.

Compartamos el dolor y la ternura de la Madre Dolorosa, la Soledad, la Virgen de la Villa Vieja, del Rosario o de las Angus-

tias; Santa María de la Piedad, que acoge a su Hijo sobre sus rodillas, y que no tiene manos bastantes ni fuerzas suficientes para sostenerlo, porque está muerto.

Pero su dolor no le hizo dudar. Era una mujer acostumbrada a creer lo increíble. Hacía treinta y tres años, un ángel le había dicho: «*para Dios no hay nada imposible*» (Lc 1,37). La Virgen de los Dolores es también la Virgen de la Esperanza. Estaba segura: ¡Jesús resucitará, resucitará! Esto no termina aquí. ¡Resucitará!

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

El amanecer del domingo nos trajo la respuesta. María Magdalena volvió al sepulcro de Jesús cuando todavía estaba oscuro. La Magdalena está rota por el dolor. Amaba a Jesús con todo su corazón de mujer. Para ella, Jesús era la perla preciosa, el tesoro de su vida. Había sido librada por el Maestro de siete demonios y desde aquel momento la gratitud no le cabía en el cuerpo. Por amor, María Magdalena había permanecido junto al Señor, cuando casi todos los suyos habían huido. «*Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena*» (Jn 19,25). María Magdalena no se separa ni siquiera del cuerpo muerto de Jesús. Cuando José de Arimatea lo descolgó de la cruz, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro, la Magdalena estaba allí.

El amor la llevó de nuevo al sepulcro, el domingo muy de mañana. Esperaba hallar un cuerpo muerto para embalsamar, pero encontró un sepulcro abierto y escuchó una voz amiga. «*Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?*». Ella, pensando que le hablaba el hortelano, contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús tiene que

pronunciar su nombre, para rescatarla de las profundidades de su dolor: «¡María!». Al escuchar su nombre, la Magdalena ya no tiene dudas. Es Jesús. Nadie había pronunciado su nombre con tanto respeto, con tanto amor. Se vuelve y le dice: «¡Maestro!» Y en aquel momento, cambió el luto por la danza, las lágrimas de tristeza se mudaron en alegría, y su corazón se sintió definitivamente liberado del último demonio: el de la desesperanza (cf. Jn 20, 11-18).

Jesús confía primero en una mujer para anunciar su resurrección. Tomemos buena nota. María Magdalena cumple enseguida el encargo del Señor. Fue a comunicar la noticia: ¡Cristo resucitó!, a los que habían vivido con él, que estaban tristes y llenos de miedo. *Apostolorum Apostola*, dice Santo Tomás. La apóstol de los apóstoles.

Gracias a la Magdalena y a tantos testigos que han experimentado la presencia palpitante de Dios en sus vidas, *«creemos que el amor poderoso del Padre resucitó a Jesús de entre los muertos. Que la muerte no puede llevarse vida alguna que viva más allá de su propio egoísmo; que el amor de Jesús pasó por el estrecho y triste pasillo de la muerte al mirador sin fin de la vida total. Creemos que Jesús está vivo por nosotros»* (Victor Manuel Arbeloa). Creemos que todo el bien que sembramos en la familia, en la Iglesia y en el mundo, aunque a veces parece perderse, germinará, crecerá y dará fruto. Creemos que la muerte es sólo una víspera de la vida definitiva junto a Dios y a tantas personas que Él anudó a nuestro querer.

En medio de la noche brilló una luz nueva, que se hizo hoguera e incendio, que fue antorcha que prendió en nuestros bautismos. En la Vigilia del Sábado Santo, que amanece en el Domingo de Pascua, renovaremos nuestros compromisos bautismales. Y seguiremos caminando. Seguiremos diciendo: ¡Re-

nuncio a la indiferencia, al descarte de los más débiles, al individualismo; renuncio a la injusticia, al odio, a la violencia, a la venganza, a la guerra! ¡Sí, renuncio! Seguiremos diciendo: ¡Sí a Dios que es Amor, sí a la paz, sí al perdón, sí a la verdad y la justicia, sí a la vida de los más pequeños e indefensos, sí a la fraternidad, sí a la construcción de esa gran cofradía universal, abierta a toda la humanidad. ¡Sí, creo! ¡Sí, me comprometo!

Esta es la esperanza y el compromiso de la Pascua, que queremos compartir con nuestros vecinos y vecinas de Teruel, con todas las personas que acudirán estos días a la ciudad. En la Procesión del Cristo Resucitado, que se encontrará con la Virgen su madre, en la Plaza del Torico, tendrá lugar la suelta de palomas blancas, que, como en tiempos de Noé, anuncian la reconciliación y la paz.

INVITACIÓN

Queridos amigos y amigas, vivamos intensamente, icon pasión! esta Semana Santa. Acerquémonos a Jesús sin miedo, pues Él «no quita nada y lo da todo» (Benedicto XVI). Dejémosnos enamorar por Él, al revivir sus gestos, palabras y silencios, en nuestras celebraciones litúrgicas y procesiones. Abramos el alma a su amor gratuito, incondicional, hasta el extremo. Sintamos de nuevo el deseo de amarle y de amar como Él y con Él: con todas las fuerzas del corazón, aunque duela, compartiendo y entregando la vida sin regateos.

En esta Semana Santa, Jesús te busca y sale a tu encuentro, te abre las puertas de su corazón y de su familia, formada por una multitud de mujeres y hombres, niños, jóvenes y adultos, tan débiles y tan valiosos como tú y como yo, que quieren hacer realidad el sueño de Dios: que todos los hombres y mujeres del

mundo podamos experimentar su amor de Padre y vivir en fraternidad.

¿Quieres participar en este proyecto?, ¿quieres aportar tu granito de arena? Quizá ya lo haces, quizá no te lo has planteado nunca, quizá estés sintiendo el deseo de participar. No es necesario que cambies de domicilio o de ocupación. Simplemente, reza a Dios Padre con confianza y procura ser buena hermana, buen hermano, de las personas que te rodean y de aquellas que necesitan de ti. Merece la pena, aunque a veces sea difícil. Sentirás en tu corazón una alegría más honda, que nadie podrá arrebatarte, y en el mundo crecerá la esperanza y la paz. ¿Aceptas la invitación?

Muchas gracias por escucharnos. Os deseamos una Semana verdaderamente Santa.



Organiza:



JUNTA DE COFRADÍAS
Y HERMANDADES DE
LA SEMANA SANTA
DE LA CIUDAD DE TERUEL

Colabora:

DIÓCESIS D
TERUEL Y
ALBARRACÍN

Patrocinan:

